

aztecas desde las azoteas, no podían distinguir á amigos de enemigos. En vano Cortés procuraba contener el torrente y restablecer el orden: su voz se perdía entre el sordo rumor de los fugitivos, que eran empujados como tronco que arrebatada en su furia la corriente.

Todo parecía perdido, cuando de repente se oyó en una calle inmediata un ruido como de pisadas de caballos que galopaban apresuradamente. El ruido se acercaba cada vez mas y mas, hasta que un cuerpo de caballería asomó por una de las boca calles laterales. A pesar de que eran un puñado se abrieron paso por entre las masas enemigas. Varias veces hemos hablado del terror supersticioso que imponían á los indios los caballos y los ginetes; y aunque la larga permanencia de los españoles en la capital habia hasta cierto punto, familiarizado á los indios con su vista, habia pasado tanto tiempo sin que volvieran á verlos, que sus misteriosos temores habian revivido en toda su fuerza.

Cuando se vieron, pues, de improviso atacados de flanco por la caballería, les sobrecogió un terror pánico y se pusieron en completa confusion que se propagó hasta las filas delanteras; lo cual visto por Cortés, se volvió con la rapidez del relámpago, y ayudado de sus compañeros logró replegar á los indios hasta el recinto de la plaza.

Era ya la hora del crepúsculo, y como en breve iba á envolverlos la noche no hicieron los españoles ninguna tentativa para aprovecharse de su última ventaja. Mandó, pues, tocar retirada, lo que ejecutó en buen orden, llevándose la artillería que habia sido abandonada en la plaza. Los aliados iban por delante: seguían la infantería española, y cerraba la marcha la caballería, de suerte que quedó invertido el orden en que vinieron. Los aztecas persiguieron al ejército, y no obstante las repetidas cargas que les daba la caballería seguían desde lejos arrojando inútilmente proyectiles, y llenando el aire con sus bramidos y gritos, como si fuesen una manada de lobos rabiosos, á quienes se ha escapado la presa. Hízose tarde antes de que pudiese llegar el ejército á sus cuarteles de Xoloc.¹⁴

¹⁴ "Los de á caballo revolvoian sobre ellos, que siempre alanceaban ó mataban algu-

Sandoval y Alvarado habian ayudado á Cortés en el ataque de la ciudad, aunque ninguno de ellos habia penetrado hasta los suburbios, acaso por la dificultad de hacerlo; la cual para Alvarado debe haber sido mayor que para Cortés, pues su campamento estaba separado de la ciudad por mayor número de fosos. Tambien aumentaba la dificultad la falta de bergantines; hasta que Cortés mandó la mitad de la flotilla en ayuda de sus oficiales. Sin la cooperacion de estos no habria aquel internándose tanto, ó acaso ni aun habria podido llegar á pisar la ciudad. El éxito del asalto esparció el terror no solo entre los mexicanos sino entre sus tributarios que vieron que tan formidables preparativos de defensa, de poco habian servido contra los blancos, los cuales superando todos los obstáculos habian penetrado hasta el corazon de la ciudad. Por consiguiente, varias provincias de las inmediaciones mostraron su buena disposicion á someterse á los españoles y les pidieron proteccion. Entre las ciudades sometidas estaban Xochimilco, aquella que tan cruelmente habian tratado los invasores, y algunas de otomíes, raza inculta, pero valiente que moraba en los confines occidentales del Valle.¹⁵ Su sumision era importante, no tanto por los refuerzos que podian proporcionar, cuanto por la seguridad en que quedaba el ejército, amenazado siempre en su retaguardia, por estos belicosos bárbaros.

El mayor socorro que entonces recibieron los españoles vino de Tetzcoco, cuyo príncipe Ixtlilxochitl habia llegado á reunir un refuerzo de cincuenta mil hombres, si hemos de creer á Cortés, y venia conduciéndole en persona. De orden del general fueron distribuidos entre las tres divisiones sitiadoras.¹⁶

nos; é como la calle era muy larga, hubo lugar de hacer esto cuatro ó cinco veces. E aunque los enemigos vian que recibian daño, venian los perros tan rabiosos que en ninguna manera les podiamos contener ni que nos dejasen de seguir." *Relac. Terc.*, pág. 520. *Herrera, Hist. General*, dec. 3, lib. 1, cap. 18. *Sahagun, Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 1, cap. 32. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 23.

¹⁵ La gran masa de los otomíes era una raza salvaje que habitaba las anchas crestas de la mesa, allá en lo apartado del septentrion. Pero algunos de ellos habian penetrado en el valle y habian entrado en alianza con los tetzcocanos y aun con los tlaxcaltecas; y eran unos de los mejores soldados de los ejércitos de estas dos naciones.

¹⁶ "Istrisuchil (Ixtlilxochitl) que es de edad de veintitres ó veinticuatro años, muy es-

Reforzadas de esta suerte, determinó Cortés dar á la capital un nuevo ataque, antes de que tuviese tiempo de recobrase del primero. Diéronse órdenes á los comandantes de las otras divisiones para que atacasen al mismo tiempo que él, y le ayudasen á la manera que lo habian hecho antes. Ordenóse la marcha del mismo modo: la infantería iba á la vanguardia, y le seguian los aliados y la caballería. Pero los españoles con gran pesar suyo, vieron que habian sido abiertos de nuevo tres fosos, y que el infatigable enemigo habia llevádose las piedras y demas materiales que los llenaban. Trajéronse pues, los cañones, demolióse la muralla, vinieron los bergantines y atacaron al enemigo por los flancos, y éste fué desalojado de la misma manera que anteriormente. En suma, tuvo que hacerse todo de nuevo; pero todavía no era la una de la tarde cuando los españoles estaban de nuevo en la ciudad.

La entrada en los suburbios no fué tan difícil como antes, porque los edificios desde cuyas azoteas les habian causado tanto daño, habian sido arrasados. Sin embargo, tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo con la milicia azteca que peleó con el mismo ardimiento que la primera vez. Cortés que de buena gana habria perdonado á los moradores, como él lo dice, veia con tristeza que se le obligase á hacer una guerra de esterminio; y se figuró que no habria mejor medio de aterrarles que quemar de una vez algunos de los edificios que ellos estaban acostumbrados á mirar con veneracion.¹⁷

forzado, amado y temido de todos." (Relac. Terc., pág. 257.) Reina entre los historiadores la mayor oscuridad en lo tocante á este príncipe, al cual parece que han confundido muy frecuentemente con su hermano el que le precedió en el trono de Tetzcoco. Es raro que á ninguno de los dos se le miente con otro nombre que el de Hernando; y si es cierto, como Herrera lo asegura, que los dos tenían ese nombre, esto explica hasta cierto punto la dicha confusion. (Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18.) En el texto me he conformado con la autoridad del antiguo cronista, quien sus noticias acerca de su real pariente, las habia obtenido, segun él mismo cuenta, de las historias escritas de su nacion, y de la narracion oral de los contemporáneos del príncipe. Venida de los españoles, págs. 30, 31.

¹⁷ "Daban ocasion y nos esforzaban á que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenia mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tendria para los aterrorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemallas y derrocalles las Torres de sus Idolos, y sus Casas," Relac. Terc., pág. 254.

Cuando entró en la plaza mayor escogió para quemarlos, los palacios de Axayacatl, su antiguo cuartel. La larga fila de edificios bajos que lo formaban, eran de piedra; pero las obras exteriores, los torreones y techos, eran de madera. Los soldados para quienes la vista de aquellos edificios traia tan funestos recuerdos, pusieron mano á su destruccion con el mismo furor que los franceses á la de la Bastilla. Por todas partes se traian teas encendidas; las partes inferiores del edificio se incendiaron prontamente y las llamas en pocos momentos cundieron al segundo piso, al través de las inflamables puertas de madera. Cebóse allí el fuego, y antes de que pudiese vérsese desde fuera, salian de todas las aberturas y hendiduras, densas nubes de humo negro que envolvian toda la ciudad, semejantes á un paño mortuorio. Disipólas en seguida una llamarada que envolvió todas las partes superiores del palacio, hasta que faltando á los torreones su apoyo, vinieron por tierra entre nubes de polvo y ceniza, y con un estrépito que contuvo á los españoles por un momento en su obra de devastacion.

Pero fué solo por un momento. Del otro lado de la plaza, contiguos al palacio de Moteuczóma, habia otros edificios destinados á los animales. Condenóse á la destruccion, la pajarrera llena de muestras de todas las pintorescas variedades de aves que pueblan las selvas de México. Era un edificio esbelto y elegante, construido al estilo indio y que atendido su objeto era indudablemente una prueba del refinamiento del gusto del monarca. Sus ligeros materiales que eran madera y carrizos, formaban contraste con los macisos edificios de piedra de que estaba circuido, y lo hacian á propósito para llenar las miras de los conquistadores. Aplicósele el fuego, y el hermoso y caprichoso edificio fué en un solo momento envuelto en las llamas que esparcieron su lúgubre fulgor por toda la ciudad y la laguna. Los alados habitantes ó perecieron en el fuego ó los que eran mas fuertes, rompieron el enrejado y se elevaron en los aires, y despues de revolotear por algun tiempo al rededor de la sagrada ciudad, huyeron con horribles gritos á sus selvas nativas, hasta mas allá de las montañas.

Los aztecas contemplaban horrorizados la destruccion del

venerable asilo de sus reyes, y de los monumentos de su pompa y esplendor. Su cólera llegó hasta la ceguera cuando vieron á sus odiados enemigos los tlaxcaltecas, ocupados en la obra de desolacion y ayudados por los tetzcoanos, aliados y hasta parientes de los mexicanos. Desatáronse en amargas execraciones contra todos ellos y especialmente contra el joven Ixtlilxochitl, que como iba inseparablemente al lado de Cortés, participó de todos los peligros de la jornada. Los combatientes le decian desde los techos de las casas cuando pasaba por abajo, los epítetos mas injuriosos, llamándole falso, traidor á su patria y á su sangre; en lo cual, como lo confiesa el mismo historiador pariente suyo, tenían razon.¹⁸ Pero él no prestaba oido á sus improperios y proseguia descaradamente su camino sin vacilar en su fidelidad á la nueva causa que habia abrazado. Cuando entró en la plaza mayor arremetió con el general azteca: le arrebató una lanza que este último habia ganado á los cristianos, y descargando sobre él un golpe con el pesado *maquahuitl*, le dejó tendido sin vida en el suelo.¹⁹

Habiendo llenado el general español el objeto que se proponia, mandó tocar retirada enviando por delante á los indios aliados. Los mexicanos enfurecidos con sus pérdidas, se arrojaron ciegos de cólera sobre los ginetes procurando apearlos de la silla y dándose por satisfechos con perder una vida por cada golpe dado á un enemigo. Afortunadamente la mayor parte de las tropas estaba empleada en contener el asalto por los otros rumbos de la ciudad; pero con todo, atacaron á los de Cortés con tal brio, que pocos de los suyos llegaron á sus cuarteles sin llevar en el cuerpo alguna memoria de aquel desesperado combate.

El dia siguiente, y aun pudiera decirse, que los dias siguientes repitió Cortés sus asaltos, sin cuidar de descansar, como si él y sus soldados fuesen de fierro. Una ocasion entró á la ca-

18 "Y desde las azoteas deshonrarle llamándole de traidor contra su patria é devotos, é otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba razon; mas Ixtlilxochitl callaba y peleaba, que mas estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto." *Venida de los españoles*, pág. 32.

19 *Ibid.*, pág. 29.

He de Tlacopan, en la cual pasó tres puentes, deseando ponerse en comunicacion si posible era, con Alvarado que estaba situado en la calzada contigua. Pero los españoles por aquel barrio no habian penetrado todavía hasta los suburbios, detenidos por la aspereza del terreno, y quizá tambien por la falta de brio que tiene el soldado cuando no pelea á la vista de su general.

En cada asalto se volvian á encontrar los fosos mas ó menos reparados por los obstinados mexicanos, y los materiales de que se les habia llenado con tanto trabajo, removidos de allí. Estraño parecerá que Cortés no tomase una providencia para impedir que se repitiese esta operacion que en cada ataque le ocasionaba tanta dilacion y tropiezos.²⁰ Él habla de esto en su carta al emperador, y dice que para impedirlo habria necesitado de establecer sus cuarteles en la ciudad misma, se habria visto cercado de los enemigos y separado del resto del pais; ó que si hubiese destacado suficiente número de españoles (porque los indios no eran para el caso), para que defendiesen las cortaduras durante la noche, les habria impuesto un trabajo superior á sus fuerzas, pues eran hombres que durante el dia tenian que trabajar con mucha asiduidad.²¹

Sin embargo este fué el arbitrio que tomó Alvarado el cual destacaba por las noches una guardia de cuarenta hombres para que cuidara de los fosos próximos á la ciudad. Este destacamento era reelevado al cabo de unas cuatro horas por otro de refresco, y este por otro tercero, permaneciendo los dos primeros en el puesto; por manera que en el momento de alarma se encontraba dispuesto á repeler el ataque un cuerpo de ciento veinte hombres. Algunas veces, toda la division pernoctaba cerca del foso y permanecia sobre las armas en actitud de combate.²²

20 *Por lo tocante á las páginas anteriores, sobre el segundo asalto, véanse: Relac. Terc.*, págs. 254, 256. *Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS.*, lib. 12, cap. 33. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, *MS.*, lib. 33, cap. 24. *Defensa, MS.*, cap. 28.

21 *Relac. Terc.*, pág. 159.

22 *Bernal Diaz*, cap. 151.

Segun Herrera, estuvieron Alvarado y Sandoval acordes en desaprobá la conducta de Cortés, respecto de los fosos. "Y Alvarado y Sandoval por su parte tambien lo hicieron muy bien culpando á Hernando Cortés, por estas retiradas, queriendo muchos que

Pero un género de vida tan trabajoso, era superior á las fuerzas hasta de los españoles cuya naturaleza parecia de roble. “Durante la larga noche,” dice Diaz que sirvió en la division de Alvarado, “velábamos todos, sin cuidarnos ni del viento, ni del sereno ni del frio. Allí permaneciamos padeciendo de las heridas que nos habian dado en el combate del dia anterior.”²³ Era tiempo de lluvias cuya estacion dura en México desde Julio hasta Septiembre. El suelo de las calzadas, anegado por las lluvias y removido por las marchas de tantos guerreros, estaba convertido en un fango ó mejor dicho un pantano, que aumentaba inconcebiblemente los padecimientos del ejército.

Las tropas que militaban bajo Cortés no estaban en mejor situacion, pues poca parte de ellas podia buscar abrigo en los torreones que defendian el fuerte de Xoloc; la mayor parte tenia que bivaquear al raso, espuesta á todas las inclemencias del tiempo. Todos estaban obligados, menos los heridos, á dormir con sus armas y las mas veces les sacaba de su profundo sueño el grito de alarma dado á la media noche; porque Cuauhtemotzin, contra el uso general entre sus compatriotas, preferia aquella hora para atacar á los españoles. En suma, dice el veterano arriba citado, “porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras y combates; é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haciamos, porque seria gran prolijidad é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis y de otros corros de caballeros.”²⁴

El emperador azteca dirigia sus operaciones segun un plan sistemado que se parecia algo á una combinacion militar. No era raro que atacase simultáneamente las tres divisiones situadas en las calzadas y á las guarniciones destacadas en los estremos de aquellas. Para hacer esto, hacia entrar en comba-

se quedaran en lo ganado por no volver tantas veces á ello.” Hist. General., dec. 3, lib. 1, cap. 19.

²³ “Porque como era de noche no aguardaba mucho y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en grandes lodos, y heridos, allí habiamos de estar.” Bernal Diaz del Castillo, cap. 151.

²⁴ Bernal Diaz, cap. 151.

te no solo á las tropas de la capital, sino á las de las ciudades inmediatas, moviéndose todas á una señal convenida, que solia ser una hoguera encendida en la cumbre de la pirámide mayor, ó el sonido del enorme tambor que habia en ella. Observóse que uno de estos ataques simultáneos fué, no se sabe si por casualidad ó de intento, en vísperas de San Juan Bautista, aniversario del dia en que los españoles hicieron su segunda entrada en México.²⁵

No obstante la dura fatiga que causaba á las tropas este guerrear incesante, el jóven monarca procuraba aliviarlas en cuanto era posible, reelevándolas de vez en cuando. Esto se conocia en los diferentes uniformes y banderas de los batallones indios que sucesivamente se presentaban y ausentaban del campo. Durante la noche tenian los aztecas la mayor vigilancia; cosa no muy comun entre los indios de la mesa central.

Los puestos avanzados estaban á tal distancia que desde el uno se veia el otro. Los de los mexicanos estaban por lo comun cerca de algun foso y su posicion la indicaba una gran luminaria. Las horas en que se debia relevar las guardias eran pregonadas por el penetrante grito de los aztecas, y de tiempo en tiempo se veian vagar algunos hombres, al traves de las llamas las cuales hacian aparecer mas macilenta la cobriza piel de los soldados.

Mientras en tierra tenia el Emperador esta actividad, tampoco era remiso por agua: tenia por supuesto la discrecion bastante para no trabar combate general con la armada española; pero recurria á los estratagemas que tan en la índole estaban de los indios. Una vez puso en emboscada gran número de canoas tras los carrizos que abundaban en las riberas meridionales del lago y mandó clavar estacas en los pantanos inmediatos. Salieron de pronto muchas canoas ó piraguas y se acercaron al sitio en que estaban los españoles. Dos embarcaciones pequeñas, suponiendo que las canoas iban cargadas de víveres para los sitiados, les acometieron al instante, como antes se habia hecho. Las canoas aztecas huyeron á refugiarse entre los

²⁵ *Ibid, ubi supra.* Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 33.

carrizales donde estaban emboscados sus compatriotas, y los bergantines españoles que iban en su alcance, quedaron varados entre las estacas. Viéronse los castellanos rodeados de indios en un momento: la mayor parte de la gente salió herida; otra fué muerta, incluso entre estos últimos los dos capitanes; y uno de los bergantines, inútil presa para los indios, cayó en sus manos. Entre los muertos estaba Pedro Barba, comandante de los ballesteros, valiente oficial que se había distinguido mucho en la conquista. Esta desgracia causó á Cortés gran pena y le sirvió de lección saludable para ser despues mas cauto.²⁶

Así pues, se combatía por mar y tierra; en la calzada, en la ciudad y en la laguna. Aun cuando debiese sucumbir la capital azteca, pero no desmintió su alto renombre, oponiendo denodada resistencia á los invasores. Parecíase aquel país á un cuerpo en el cual aunque hayan muerto las estremidades, aun queda vida en el corazon, que por algun tiempo parece que late aun con mas fuerza que nunca.

Parece extraordinario cómo pudo Cuauhtimotzin proveer á la mantencion de una poblacion tan numerosa cual la que encerraba la metrópoli, mayormente estando cogidas por los sitiadores todas las avenidas por donde pudieran haber entrado víveres.²⁷ Pero independientemente del acopio hecho de antemano con este fin, y del asqueroso alimento que proporcionaban las víctimas del sacrificio, se sacaban provisiones de los pueblos que cercaban el lago, pues no obstante que los bergantines tenían orden de cruzar día y noche por aquellas aguas, y de limpiarlas de las canoas empleadas en traer víveres, éstas burlaban por la noche la vigilancia de los cruceros, y descargaban en los puertos sus mercancías. Hasta que no comenzaron á faltar á su obediencia las grandes ciudades de los alrededores, no empezó á espermentarse en la capital escasez de víveres. Estas defecciones fueron siendo cada dia mas frecuentes, por-

²⁶ Bernal Diaz, cap. 151. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. 34.

²⁷ No recuerdo haber encontrado en ningun conquistador el censo de la poblacion; sin embargo de que tampoco seria muy digno de fé aunque se encontrase. Sin embargo, debe aquella haber sido muy numerosa, puesto que donde quiera que se presentasen los sitiadores, eran resistidos pronta y cumplidamente.

que los pueblos al ver que México no se bastaba á sí mismo para su propia defensa, mal podian esperar que los defendiese á ellos; por manera que la metrópoli azteca fué perdiendo uno tras otro todos sus grandes vasallos, al modo que el árbol que está declinando pierde todas sus hojas al primer soplo de la tempestad.²⁸

Las ciudades que nuevamente imploraron la proteccion de los blancos, les proporcionaron innumerable multitud de guerreros; multitud tal que, si hubiéramos de atenernos á la regulacion de Cortés, pasaba de 150 mil, y que solo servia para embarazar los movimientos del ejército, ocupando y llenando las dilatadas calzadas.²⁹ Sin embargo, es cierto que entonces el Valle cubierto de ciudades y aldeas tenia una poblacion mucho mas numerosa que al presente, y en la cual cada hombre era un guerrero. Estos refuerzos fueron distribuidos entre las tres divisiones, y situados al extremo de las calzadas. La mayor parte fué empleada en proporcionar víveres al ejército, é igualmente en hostilizar á las tribus que aun permanecian en guerra con los españoles. Empleólas tambien Cortés en construir tiendas de campaña para los españoles, que padecian mucho con estar espuestos á la intempérie y á las lluvias las cuales arreciaban de noche. De los edificios demolidos en la ciudad se sacó buena parte de la piedra y madera que se necesitaba: lleváronse los materiales en los bergantines á las calzadas, y se construyó una hilera de chozas ó tiendas que se estendia de ambos lados de la fortificacion de Xoloc. Puede darse alguna idea del ancho de la calzada por aquel punto que era uno de los mas profundos del lago, con decir que aunque las tiendas estaban dispuestas en líneas paralelas á las dos orillas de la calzada, aun quedaba espacio suficiente para que el ejército se moviese holgadamente por entre ellas.³⁰

²⁸ Defensa, pág. 28. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. 34.

Las principales ciudades eran Mexicaltzinco, Cuiclahuac, Ixtlapalapan, Misquit, Huitziloptcho, Colhuacan.

²⁹ "Y como aquel dia llevábamos mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra." Relac. Terc., pág. 230.

³⁰ "Y vea V. M. que tan ancha puede ser la calzada," dice Cortés al emperador, "que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban es'as ca-

De esta suerte se consiguió que estuviesen cómodamente alojados los españoles y sus sirvientes, que entre todos subían á dos mil hombres. El cuerpo principal de aliados y una pequeña partida de caballería é infantería estaban situados en el punto inmediato de Cojohuacan, y servían de cubrir la retirada al campamento y de mantener espeditas las comunicaciones con todo el resto del país. Iguales disposiciones se tomaron en las otras divisiones de Alvarado y de Sandoval, para el alojamiento de las tropas; pero sus tiendas no eran tan sólidas como las del campo de Cortés:

Las provisiones de boca las obtenían los blancos de las ciudades inmediatas y especialmente de Tetzoco.³¹ Consistían aquellas en pescados, frutas y principalmente tuna, (*cactus opuntia*) y una especie de cereza (*capulin*), ó cosa que se le parece mucho, muy abundante en aquella estacion. Pero el principal alimento eran las tortillas, aun usadas en México, y de las que había panaderías dirigidas por indios, en todas las plazas militares que dominaban las calzadas.³² Los aliados segun parece muy probable, añadían á este banquete frugal, la carne humana de que desgraciadamente había gran abundancia en los campos de batalla; costumbre que aunque repugnaba á Cortés, no creyó conveniente contrariar por entonces.³³

sas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer íbamos y veníamos por ella." *Ibid.*, pág. 260.

³¹ La mayor escasez que padecieron los españoles, segun Bernal Diaz, fué la de medicinas para las heridas; pero esto era remediado en parte por un soldado catalan que por medio de oraciones y ruegos, logró hacer varias curas maravillosas, tanto en los españoles como en los aliados. Estos últimos, como los mas ignorantes, acudían en tropel á la tienda de su Esculapio, cuya eficacia estaba indudablemente en razon directa de la fé del paciente. *Hist. de la Conq.*, ubi supra.

³² Diaz pasó esta ingrata dieta. (*Ibid.*, loc. citat.) Sin embargo, la tuna es una fruta agradable y nutritiva, y la tortilla, aunque no sea lo que puede llamarse un bocado regalado, para un campamento es regular alimento. Segun la autora de la "Vida en México," se hacen hoy las tortillas como antes se las hacia, es decir, con harina de maiz y una ligera agua de cal. Si en efecto, es lo que allí dice, las recetas de cocina serán lo único que no ha cambiado en ese país de revoluciones.

³³ "Quo starges," dice Mártir, "erat crudelius eo magis copiosé ac opipare coenabant Guazuzinqui et Tlazcaltecani, caeterique provinciales auxiliarii qui soliti sunt hostes in proelio cadentes intra suos ventres sepelire; nec vetare ausus fuisset Cortesius." (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8.) "Y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro dia, como de

La tempestad que hacia tanto tiempo se apiñaba sobre la capital azteca, se habia desatado contra ella en toda su furia. Sus desgraciados moradores se vieron cercados por todas partes de legiones de enemigos, y las largas filas de éstos se estendieron engreidamente hasta donde la vista podia alcanzar: viéronse abandonados de sus vasallos y amigos, en los momentos de mayor afliccion: vieron á los feroces estrangeros penetrar hasta sus íntimos retretes: viéronles violar sus templos, saquear sus palacios, devastar la ciudad de dia, incendiarla de noche, y alojarse en sólidos edificios, como si hubiesen determinado no alejarse de allí un solo paso mientras quedase una piedra sobre otra. Todo esto vieron, y con todo, su espíritu permanecía indómito, y á pesar de que la hambre y la peste empezaban á devorarlos, hacían frente resueltamente á sus enemigos. Cortés que deseaba de buena gana libertar á la capital y á sus moradores de tantos horrores, veía con asombro aquella resistencia. Mas de una vez manifestó por medio de prisioneros á quienes dejaba en libertad, su buena disposicion para otorgar una capitulacion honrosa: todos los dias esperaba que se aceptarían sus ofertas; pero todos los dias quedaba burlada su esperanza.³⁴ Faltábale todavia que saber cuán tenaz era la memoria de los aztecas y que cualesquiera que fuesen sus presentes trabajos y sus temores futuros, todo se los hacia olvidar el odio á los blancos.

hecho lo hacian." (*Relac. Terc.*, pág. 256). Pero aun mas horroriza lo que dice Oviedo, que: "ni podían ver los ojos de los católicos y cristianos mas espantable y aborrecida cosa que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas é se ahogaban y despues el agua los echaba en la superficie de la laguna ó en la costa, no los dejaban de pescar é aposentar en sus vientres." *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, c. 24.

³⁴ "Y sin duda el dia pasado y aqueste yo tenia por cierto, que vinieran de Paz, de lo cual yo siempre con Victoria y sin ella hacia todas las muestras que podia. Y nunca por esso hallábamos en ellos ninguna señal de paz." *Relac. Terc.*, pág. 261.